

riores que nos da de estos vicios? Pues del mismo modo, por lo que observaréis en vuestro exterior, conoceréis los males de que adolece vuestro corazón.

Quisiera ahora hablaros extensamente del uso que debéis hacer del conocimiento de vosotros mismos; mas, viendo que el discurso ha salido mas largo de lo regular, por no fatigar vuestra atención, me limitaré á decir, que debéis servir de este conocimiento para conseguir dos virtudes, la humildad y la diligencia. La humildad, viendo las miserias de que estais llenos: la diligencia, procurando trabajar por correiros y enmendaros. Este es en compendio todo el fruto que debéis sacar de este conocimiento; fruto, no lo dudeis, que, si bien será un poco amargo de presente, lo hallaréis muy sabroso cuando goceis de él en el cielo. Amen.

**DOMINGO NONO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

El evangelio de este día contiene dos pasajes históricos bien notables: el uno es el llanto que el Salvador hizo sobre la ciudad de Jerusalem al verla de lejos, mientras se encaminaba á ella para padecer muerte y pasión: el otro es el celo que el mismo Salvador mostró por la gloria del templo, echando á latigazos á los que lo profanaban haciéndolo teatro de sus tráfico y especulaciones. De estos dos pasajes se desprenden dos asuntos muy útiles á las almas, y que el cura no debe despreciar, y son, el uno sobre la muerte del pecador, y el otro sobre el respeto debido á los templos.

Para el primero se toman por base las primeras palabras del Evangelio: Cùm appropinquaret Jesus Jerusalem, videns civitatem, flevit super illam; y se empieza de este modo: «¡Qué espectáculo tan doloroso, fieles míos, nos representa la Iglesia en el evangelio de este día! Jesucristo, el mas hermoso de los hijos de los hombres, el objeto de las complacencias de su Padre, el que forma la felicidad del cielo y la alegría de la tierra, llora mientras va á Jerusalem pocos días antes de su pasión. Aunque colmado de honor y de gloria, aunque llevado en triunfo en medio de las aclamaciones públicas, aunque acompañado de un numeroso pueblo que está loco de alegría por su venida, y canta sus alabanzas; ¡ah! él vierte lágrimas, él se entrega á la amargura y al llanto luego que pone la vista sobre aquella ciudad: Videns civitatem, flevit super illam.

«¿Cuál puede ser el motivo de su llanto en un tiempo en que
«todo parece respirar alegría? ¿Es por ventura el pensamiento
«de los horribles tormentos que dentro poco habrá de sufrir en
«Jerusalén? No: él sufrirá porque querrá sufrir, y sufrirá con
«una santa alegría. Lloro sobre el estado deplorable de los mo-
«radores de aquella infeliz ciudad, que no habiendo querido
«reconocerle hasta entonces por su Mesías, todavía resistían
«tercos á su bondad y á sus gracias: lloro por las grandes ca-
«lamidades que muy pronto debían caer sobre ellos en castigo
«de su endurecimiento y obstinación. ¡Oh, si tú, Jerusalén, va-
«diciendo con acento amarguísimo, oh, si al menos en este día,
«que es para ti un día favorable, reconocieses tú al que puede
«darte la paz!... Mas tú cierras voluntariamente los ojos á la
«luz, y muestras un corazón obstinado é insensible. ¡Ay! si su-
«pieses los males que pronto vendrán sobre tí. Vendrá un tiem-
«po, y ya no está muy lejos, en que tus enemigos levantarán
«una estacada en torno de tí, te sitiarán, te estrecharán por
«todas partes, destruirán tus casas, exterminarán tus mora-
«dores, no dejarán en tí piedra sobre piedra; y todo esto se-
«rá porque no has querido aprovecharte de la visita de tu Dios:
«Eò quòd non cognoveris tempus visitationis tuæ. No creáis,
«fieles, que nuestro Salvador haya llorado solamente sobre los
«infelices moradores de Jerusalén: ha llorado también sobre
«tantos cristianos ciegos y endurecidos, que resisten á su bon-
«dad, que rehusan sus gracias, y diferan convertirse á él. ¡Oh,
«si estos pudiesen ver lo que de presente no ven, pero que ex-
«perimentarán infaliblemente en la hora de su muerte! ¡Oh, si
«al menos en este día, que aun puede ser para ellos un día de
«bendición y de paz, conociesen ellos las angustias de que se
«verán cercados en aquella fatal y terrible hora! ¿Sería posi-
«ble que despreciasen la paz que todavía Dios les ofrece? ¿se-
«ría posible que no aprovecharan la visita que actualmente les

«hace la misericordia de Dios, y no se reconcilian con él?
«No, no sería posible. Pongámosles, pues, ante los ojos todas
«las angustias, todas las tribulaciones que les estrecharán en
«la muerte, si no aprovechan este día de visitación.»—Dígase
ahora la plática que se halla en el tomo 1.º de este Arte pas-
toral, pág. 190.

El segundo asunto que hemos indicado arriba, y que versa
sobre el respeto que es debido á las iglesias, puede llamarse
asunto fundamental; porque ¿qué puede esperarse de un pue-
blo que está sin respeto en el templo de Dios? Aunque la oca-
sion mas propia para tratar de esta materia parece ser el día
en que se celebra el aniversario de la Dedicación de la iglesia
parroquial; sin embargo conviene que el cura, durante el curso
del año, llame la atención de sus feligreses sobre este punto in-
teresantísimo, particularmente hoy que el evangelio ofrece una
tan bella ocasion para hacerlo. No quisiéramos que los curas
tratasen este punto con un estilo violento y estrepitoso, como
hemos observado que lo hacen algunos; sino con mucha calma
y moderación, poniendo templadamente á la vista de sus feli-
greses las razones que deben inducirlos á portarse con decoro
en la casa de Dios. Estamos seguros que mejor partido saca-
rán con la moderación y templanza, que con el estrépito y la
violencia. La plática que sigue pudiera tal vez servir de mo-
delo para acertar en el estilo que conviene adoptar en esta ma-
teria.

Respeto al templo.

Et ingressus in templum, cepit ejicere vendentes in illo, et ementes. (*Luc. XIX, 45*).

Nada mas sorprendente que el suceso de que nos hace mención el evangelio de este dia. Despues de habernos representado á Jesucristo llorando á su entrada en Jerusalem, nos le muestra armado de un azote y castigando con severidad á los que profanaban el templo dedicado á la gloria de su Padre celestial. ¡Hecho sorprendente por cierto! ¿Cómo pudo ser que el que habia aparecido en el mundo con todos los caracteres de mansedumbre, paciencia y dulzura, se mostrase poseido de tal indignacion, que diese azotes á los que compraban y vendian en el templo, añadiendo á esta accion de severidad esta severisima reprension: ¡Indignos! mi casa es casa de oracion, y vosotros la haceis cueva de ladrones?

Vosotros, cristianos, sin duda comprendéis la razon: él quiso vengar el honor de su padre ultrajado en su propia casa, quiso castigar á los que le insultaban con el tráfico y el comercio, y quiso al mismo tiempo inspirarnos un santo horror á la profanacion de las iglesias, y enseñarnos á conducirnos en ellas con el decoro y respeto de que son dignas. Porque, si él reputó por un delito digno de severo castigo el profanar el templo de Jerusalem, donde solo se ofrecia á Dios la sangre de los toros y carneros, ¿qué delito será profanar los nuestros, en los que se le ofrece la víctima preciosísima de su unigénito Hijo?

Para que conozcais cuán gran pecado es profanarlos con irreverencias, os haré presentes tres circunstancias que con-

curren en ellos, y los distinguen de los lugares comunes y profanos. La primera es, que Dios los ha destinado exclusivamente para su gloria: la segunda, que todo cuanto hay en ellos es santo y digno de nuestra veneracion; y la tercera, que son el asilo donde acudimos siempre que queremos ó alcanzar alguna gracia particular, ó librarnos de algun castigo. Oidme.

Si Dios hubiese querido hacer valer todo su derecho, hubiera podido ordenar que toda la tierra fuese considerada como templo suyo, y que en todos los lugares estuviésemos con la cabeza descubierta, con la vista baja, con el semblante devoto, con el espíritu recogido, lo mismo que si estuviésemos dentro del *Sancta Sanctorum*. Y si así lo hubiese mandado, nadie podria quejarse, ni decir que exigia mas de lo que merece; porque ¿no seria justo que, ya que él está presente en todo lugar, nosotros le honrásemos donde quiera que nos hallemos, dándole muestras continuas de nuestro respeto y veneracion? Sí que lo seria, y por tal lo reputaba el santo David cuando estimulaba á su propia alma á honrar y bendecir al Señor en todos los lugares de la tierra: *In omni loco dominationis ejus, benedic anima mea Domino* ¹.

Pero no, Dios no ha querido ser tan exigente con nosotros: á nosotros nos ha dado toda la anchura de la tierra, para que la empleemos en cosas de nuestro provecho y utilidad; y para sí solo ha reservado ¿qué? un pequeño rincon, digámoslo así, ya que por tal puede reputarse el templo si se le compara con lo restante del globo. ¿Quién habia de pensar que los hombres no quedarian contentos con esta generosa particion? ¿A

¹ Psalm. CII, 22.

quién se le habia de ocurrir que, codiciosos de lo poco que Dios se ha reservado sobre la tierra, cometiesen la incalificable injusticia de usurpárselo? Pues esto es lo que pasa. No bastan las plazas, no bastan las calles, no basta la tierra entera para divertirse, distraerse y tratar de asuntos terrenos; sino que es menester echar mano de las iglesias, y destinarlas á estas cosas indecentes y profanas. No sabria cómo calificar este atentado, si para ello no me suministrase ideas el atentado gravísimo que nuestros primeros padres cometieron allá en el paraíso. Oidlo.

Luego que el Señor los hubo criado, los llamó cerca de sí, y les dijo: ¿veis esa tierra toda engalanada de flores, toda cubierta de frutos, toda poblada de animales?... Pues os hago señores de ella, y quiero que todo cuanto hay en ella sirva, no solo para subvenir á vuestras necesidades, sino tambien para proporcionaros placeres moderados é inocentes. Todas las aves que vuelan por el aire, todos los peces que juegan en el mar, todos los animales que pueblan las selvas, todos los frutos que cuelgan de los árboles, todo, todo lo pongo á vuestra disposición, y queda sujeto á vuestro absoluto dominio. Una sola cosa me reservo, y esta para memoria de que todo me lo debeis, y es el fruto de aquel árbol que veis plantado allá en medio del paraíso. Disfrutad á vuestro sabor de todo lo demás; pero no toqueis el fruto de aquel árbol: *Ex omni ligno paradisi comedite: de ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas*¹. Vosotros, cristianos, no sabeis concebir cómo, teniendo nuestros primeros padres tantos otros frutos con que satisfacer su apetito, cometieron la enorme maldad de comer precisamente aquel que les estaba prohibido, y no teneis bastantes palabras para reprobar su comportamiento; pero

¹ Gen. II, 16, 17.

¡buen Dios! ¿hicieron ellos más de lo que haceis vosotros cuando venís á profanar el templo?...

Vosotros veis en qué país tan bello y fértil os ha puesto el Señor. ¿Sabeis otro más fértil y bello en Europa? Al ponerlos Dios en este país dichoso, parece que os dijo: ¿Veis esa España tan bella y rica? ¿veis esos mares que la rodean, formando de ella una península? ¿veis esas campiñas cubiertas de doradas mieses, esos montes poblados de olivos y cepas, y esas peñas preñadas de ricos metales? ¿Los veis?... Pues os hago dueños de este segundo paraíso, y es mi voluntad que todo cuanto hay en él sirva para vuestros usos y conveniencias. De tan rica y deliciosa posesión solo me reservo una parte muy pequeña, y esta es el templo que está destinado á mi culto. Disfrutad moderadamente de todo lo demás; pero guardaos de venir á profanar mi templo: *Ex omni ligno paradisi comedite: de ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas*. Decidme, cristianos: ¿podia Dios mostrarse más generoso con vosotros? ¿podia hacer os pactos más ventajosos y aceptables? Y sin embargo, ¿cómo los cumplís vosotros? ¡Ah! que á más de uno se podría preguntar lo que un embajador de Israel preguntaba á un rey gentil, profanador del templo santo, á saber, si, no contento con la posesión de muchos pueblos, islas y provincias, trataba de despojar á Dios hasta de la única casa que tenia en un ángulo de la Palestina. Sí, fieles, á algunos de vosotros se les podría decir: ¡qué! ¿no bastan las plazas y casas para tratar de cosas profanas, no bastan las calles y tertulias para lucir los vestidos, no bastan los estrados y las salas de baile para daros citas y entreteneros en pensamientos impúdicos, que para tales cosas hayais de emplear hasta la iglesia? Si hasta de la iglesia despojais á Dios, decidme por favor: ¿qué otro lugar le queda en toda la tierra para recibir el culto y los homenajes de sus criaturas?

No olvideis, os ruego, que el templo es el lugar que Dios ha elegido para que en él sea particularmente exaltado su santísimo nombre, y que habita en él de un modo especial. Aunque en cierto sentido podría decirse que todo el universo es templo y casa de Dios, porque lo llena todo con su infinita esencia; sin embargo está fuera de duda, que el templo es su propia casa y habitacion, porque está en él de un modo particular, segun el testimonio irrefragable de la Escritura. Penetrado de esta verdad el santo David, tenía por escaso y mezquino el grande acopio de mármoles, cedros, oro y plata, que habia hecho para la construccion del famoso templo de Jerusalem. ¡Oh, Israel! decia, tú tal vez pensarás que esta abundante provision de maderas, mármoles y oro, es excesiva. Lo seria, en verdad, si se tratase de levantar un palacio á algun rey de la tierra. Pero advierte, Israel, que ahora tratamos de preparar una habitacion al mismo Dios: *Neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo*¹. Aquí veis en qué estima tenia David el templo de Jerusalem, en el que Dios habia de habitar velado con una misteriosa niebla: ¿cuánto mas digno de honor lo hubiera juzgado, si hubiese habido de habitar en él sacramentalmente, como habita en los nuestros?

¡Ah! en nuestros templos no hay cosa que no sea santa, y que, mirada con la luz de la fe, no deba infundirnos respeto y veneracion. Vosotros estais bien convencidos de esto, fieles míos; y tanto lo estais, que sabríais persuadirlo á cualquier otro. ¿Qué haríais sino en el caso que, entrando un idólatra en esta iglesia, y deseando saber lo que significan los varios objetos que hay en ella, pidiese á alguno de vosotros una detallada explicacion? Estoy cierto que, prestándoos muy gustosamente á darle todas las explicaciones que desease, le

¹ I Par. xxix, 1.

diríais: *Leva oculos tuos, et vide*: mira y observa cuán santas y misteriosas son todas las cosas que hay aquí. ¿Ves esas estatuas colocadas sobre esos altares, y que llevan en la mano, cuál una palma, cuál una azucena, cuál una pluma? Son los retratos de nuestros mayores, que ilustraron nuestra Religion, unos con su sangre, otros con su pureza, otros con sus escritos: y los tenemos aquí, para que su vista nos estimule á seguir la gloriosa senda que con sus ejemplos nos trazaron. ¿Reparas esas mesas cubiertas con blancos y limpios manteles? Aquí nuestros sacerdotes ofrecen diariamente á Dios, no la sangre de animales, como, segun entiendo, hacen los vuestros; sino la sangre preciosa de su unigénito Hijo, la cual, siendo de un valor infinito, nos merece toda suerte de gracias y bendiciones. ¿Observas esa pila? Aquí, luego que hemos nacido, se nos lava con una agua misteriosa, la cual tiene tanta virtud y eficacia, que nos borra la culpa original, nos hace miembros de la Iglesia, hijos de Dios y herederos de su reino. ¿Ves esos que nosotros llamamos confesonarios? Aquí venimos á confesar nuestras culpas, cuando hemos tenido la desgracia de cometerlas; y el sacerdote, que está sentado y ocupa el lugar de Dios, nos absuelve de ellas, y nos perdona. ¿Reparas aquel púlpito? Desde allí se nos instruye en los deberes de nuestra Religion, y se nos reprende, si somos negligentes en observarlos. ¿Observas aquel tabernáculo ante el cual está ardiendo una lámpara? ¡Ah! allí está el tesoro mas rico que posee nuestra santa Religion; pues en él habita nuestro Dios hecho hombre, y oculto por nuestro amor bajo las especies de pan. ¿Qué mas te diré? El aire, el mismo aire que aquí respiramos, es todo misterioso y santo; pues infinitas veces ha sido santificado con el humo del sacro incienso, con los cánticos de la Iglesia, y con las oraciones de sus ministros. ¿Qué te parece, idólatra? ¿No

es verdad que este templo está todo lleno de cosas que hablan al corazón, y llenan de respeto el alma?—Así, fieles míos, así hablaríais indudablemente vosotros á un pagano que os pidiese la explicación de los varios objetos que hay en esta iglesia. ¿Y no es una lástima que cada día se os haya de advertir eso mismo que vosotros advertiríais á los demás? ¿No es un dolor que se os haya de recomendar un respeto, que vosotros sabríais recomendar á un turco?

No olvidéis además que el templo es el lugar que Dios ha especialmente deputado para escuchar nuestras oraciones, recibir nuestros votos, y derramar abundantemente sobre nosotros sus gracias y bendiciones. Bien persuadidos estais vosotros de esto; pues luego que queréis libraros de algún mal, ó conseguir algún bien, vuestro primer cuidado suele ser venir al templo á implorar las misericordias del Señor. Y sino decidme: cuando oís rumores de guerra ¿á dónde recurrís para obtener la paz? Al templo. Cuando la sequía asola vuestros campos, y la tierra os niega sus frutos ¿á dónde vais para conseguir la abundancia? Al templo. Cuando el aire inficionado os amenaza ú os diezma con una peste ¿á dónde correis para libraros del azote? Al templo. A este lugar santo enderezais naturalmente vuestros pasos, siempre que deseais ó evitar algún mal ó alcanzar algún bien; porque juzgais, y en efecto es así, que en este lugar, mas que en ningún otro, Dios atiende á vuestras oraciones y presta oído á vuestras súplicas, conforme él mismo asegura: *Aures meæ erunt erectæ ad orationem ejus, qui oraverit in loco isto* ¹.

Y en efecto: ¡cuántos bienes, cuántas gracias derrama incessantemente el Señor sobre los que vienen á implorar aquí su misericordia! Hablad, altares santos; hablad, paredes sa-

¹ II Par. vii, 15.

gradas; y publicad cuanto acostumbrais ver y presenciar. ¿No es verdad que cuantos gimen bajo el peso de alguna aflicción, acuden aquí á implorar las misericordias de Dios? ¿No es verdad que este buen Dios á todos escucha, á todos bendice, y á todos enjuga las lágrimas? ¿No es verdad que de sus piés nadie se levanta desconsolado, nadie se va descontento? ¿No es verdad que aquí el culpable encuentra perdón, el ignorante alcanza luz, el débil recibe fuerzas, el desamparado logra protección, el huérfano amparo, el desvalido auxilio, y el pobre paciencia?

Pues si así es, ¿cómo, amados míos, cómo os atreveréis á profanar con irreverencias este lugar de bendición? ¿cómo tendréis valor para corresponder con injurias y desacatos á las muchas gracias que el Señor aquí os dispensa? Dios, cediéndoos toda la tierra, solo se ha reservado el templo, como lugar exclusivamente dedicado á su culto: ¿y vosotros cometeréis la enorme injusticia de usurpárselo? Todo cuanto hay en el templo inspira recogimiento y devoción: ¿y vosotros os conduciréis en él de un modo indecente é irrespetuoso? Dios os dispensa en el templo todo género de bienes: ¿y vosotros cometeréis en él toda suerte de irreverencias? No lo espero de vuestra religión. Antes, si hasta al presente ha habido quien, como Heliodoro, ha tenido el atrevimiento de violar el lugar santo; espero que, arrepentido de sus profanaciones pasadas, procurará en lo sucesivo repararlas, mostrando un respeto mas profundo, y una devoción mas tierna. Amen.